

La Facultad de Filosofía y Letras: creación e institución (1896-1930)

The School of Philosophy and Letters:
Creation and Institution (1896-1930)

Patricia Funes

Universidad de Buenos Aires,
Instituto de Investigaciones Gino Germani, CONICET.
Correo electrónico: patfunes@gmail.com

Resumen: El 13 de febrero de 1896 un decreto del Poder Ejecutivo creaba la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires. Pensamos que la fundamentación de una institución universitaria no es un acontecimiento universitario. En el caso de la FFyL las elites argumentaban la necesidad de una nación “completa y armónica”. El objetivo de este escrito es plantear algunos temas del momento de la creación y consolidación de la FFyL en la doble dimensión de la dinámica de demarcación institucional y académica, la política de las elites, en diálogo con la dimensión coral de las ideas entre 1896 y 1930. El movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 abrió un sendero para impugnar las formas de distribución del poder en el interior de la Universidad, renovar elencos profesoriales, desplegar institutos de investigación, revisar saberes, cuestionar el profesionalismo al tiempo que fortalecía los sentidos y misiones de esa FFyL.

Palabras clave: Universidad, Filosofía y Letras, reforma universitaria, Argentina.

Abstract: On February 13, 1896, was created the Scholl of Philosophy and Letters (FFyL) in the Buenos Aires University . We think that the foundation of a university institution is not a university event. In the case of the FFyL the elites argued the need for a "complete and harmonious" nation. The objective of this paper is to raise some issues of the moment of the creation and consolidation of the FFyL in three dimensions: the dynamics of institutional and academic demarcation, the politics of the elites, in dialogue with the choral dimension of ideas between 1896 and 1930. The University Reform movement of 1918 opened a path to challenge the forms of distribution of power within the University, renew teachers' lists, deploy research institutes, review knowledge, question professionalism while strengthening the senses and missions of that FFyL.

Keywords: University, Philosophy and Letters, University Reform, Argentina.

Anacronismo e Irrupción, Vol. 8, N° 14
(Mayo a Noviembre de 2018): 180-208.

 Dialnet  REDIB 

Fecha de Recepción: 13/03/2018
Fecha de Aceptación: 10/04/2018
ISSN: 2250-4982

La fundamentación de una institución universitaria no es un acontecimiento universitario. A pesar de que no hay nada que parezca tan filosófico como la fundación de una institución filosófica -se trate de una Universidad, escuela o departamento de filosofía- esta fundación no puede ser ya estrictamente filosófica. Topamos aquí con ese momento en el que la responsabilidad fundadora pasa por actos u operaciones que no son únicamente actos del lenguaje en el sentido estricto.

Jacques Derrida, *La Filosofía como institución*.¹

La quinta rueda

En 1903 Alejandro Korn escribía en la revista estudiantil *Verbum* acerca del significado de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras para la Universidad de Buenos Aires y para la cultura nacional. Era la quinta Facultad de la Universidad y provocativamente la definía como la “la quinta rueda del carro” ya que se caracterizaba por su *inutilidad*: “como que su primer decano fue Miguel Cané, que no era estanciero, ni banquero, ni pleitista, que casi no era nada más que un espíritu eminentemente distinguido”. Y añadía que lo aparentemente inútil “constituye la dignidad del hombre, dota a su espíritu de libertad moral, y si no sirve para adquirir riquezas, sirve para darles valor”². Respondía así a las cautelas cuando no críticas hacia la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) en el paisaje crudamente profesionalista de la Universidad finisecular. “Desarrollo armónico” e imperativo moral eran sentencias frecuentes en las argumentaciones a favor de la nueva Facultad. Efectivamente, Miguel Cané no era estanciero, banquero o pleitista. Sin embargo, no habría que olvidar que su decanato cerraba una actividad política profusa, en la que se contaba, entre otros

¹Derrida, Jacques. “Kant: El conflicto de las Facultades”. *La filosofía como institución*. Barcelona, Granica, 1984, 55.

²Korn, Alejandro. “La Facultad de Filosofía y Letras. Su Objeto”. *Verbum*, 22 (1903): 1-6.

cargos, dos ministerios del Poder Ejecutivo Nacional.³ No era la excepción. El primer decano de la Facultad, Lorenzo Anadón (ignoramos la causa del error de Korn), había sido diputado y senador provincial y el decano que sucedió a Cané, Norberto Piñero, renunció dos veces al decanato de la Facultad para ocupar el Ministerio de Hacienda.⁴

Estos ejemplos nos remiten a la relación entre las *elites* políticas, la consolidación del Estado y el poder adjudicado a la educación, en este caso, a los “estudios superiores” para llenar de contenidos a la Nación. De allí que optemos por un camino de reconstrucción que relaciona necesariamente (aunque no exclusivamente) la creación de la Facultad de Filosofía y Letras *qua* institución, en diálogo con el proceso de consolidación estatal-nacional. Ese marco echa luz acerca de sus misiones y significados que irán precisándose -no sin contradicciones- en el período que tratamos. Creemos, con Derrida, que la fundación de una institución universitaria no es un acontecimiento universitario, menos aun en el contexto latinoamericano finisecular. Sin embargo, la relación entre la educación y el espacio de lo político (y, recordemos que las esferas de lo privado y lo público por entonces, distaban de ser diáfanas) no es directa, lineal; mediaciones de índole diversa dejan unos intersticios entre los cuales va dibujándose el recorte de las instituciones, con sus espacios de poder, con sus legitimidades y objetos propios. En ese tránsito podríamos ubicar el surgimiento y consolidación de la FFyL (1896 *circa* 1930). Entre esos límites temporales, el movimiento de la Reforma Universitaria abrió un sendero para debatir las formas de distribución del poder en el interior de la Universidad, renovar elencos

³Miguel Cané fue diputado y senador nacional en la década de 1870, Director General de Correos y Telégrafos en 1880, Intendente de la ciudad de Buenos Aires en 1892 y Ministro de Relaciones Exteriores y del Interior durante la presidencia de Luis Sáenz Peña.

⁴Norberto Piñero fue Secretario General de la Universidad de Buenos Aires y contemporáneamente, diputado nacional. Fue uno de los diputados auspiciantes del proyecto de creación de la FFyL en la Cámara. Formó parte de la Comisión redactora del Código Penal, junto con Nicolás Matienzo y Rodolfo Rivarola (compañeros de la promoción de la Facultad de Derecho del año 1882). En dos oportunidades renunció al decanato de la FFyL para ser Ministro de Hacienda, convocado por José Figueroa Alcorta (1906) y por el presidente Roque Sáenz Peña (1912).

profesorales, desplegar institutos de investigación, revisar saberes, cuestionar el profesionalismo y la “fábrica de títulos” al tiempo que fortalecía los sentidos de la FFyL. El objetivo de este escrito es plantear sólo algunos temas del momento de la creación y consolidación de la Facultad de Filosofía y Letras en la doble dimensión de la dinámica de demarcación institucional de esos espacios académicos y la política en diálogo con la dimensión coral de las ideas del período.

Epifanía institucional: *los estéticos de la moral, los nuevos místicos*

Precisamente, porque la riqueza, los bienes de fortuna, las industrias, el anhelo de la opulencia y los negocios se desarrollarían (...) es necesario difundir los altos conocimientos filosóficos, las artes y las letras, para que los caracteres no se rebajen y no miren, como el propósito supremo, la acumulación de intereses materiales. Son muy escasos, constituyen apenas una reducidísima clase escogida, los amantes desinteresados de lo bello y lo verdadero, *los estéticos de la moral, los nuevos místicos*, para emplear una expresión de Tarde.⁵

Eduardo Piñero Norberto y Bidau

El 13 de febrero de 1896 un decreto del Poder Ejecutivo estableció la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, destinando las partidas presupuestarias pertinentes y designando a sus primeros académicos y catedráticos. Este hecho fue coronación a la vez que origen ya que concretaba varios intentos que se habían frustrado una y otra vez.⁶

⁵Piñero Norberto y Bidau, Eduardo. *Historia de la Universidad de Buenos Aires por los doctores, Norberto Piñero y Eduardo L. Bidau*. Buenos Aires: Imprenta de Martín Biedma, 1888, 93.

⁶En el contexto todavía provincial de la Universidad de Buenos Aires (1874), el Poder Ejecutivo nombró una comisión para el reordenamiento de esa Casa de Altos Estudios y agregaba a las cuatro facultades existentes, la creación de la Facultad de Humanidades y Filosofía. El más decidido promotor de la iniciativa fue Juan María Gutiérrez desde su rectorado (1861-1873). El nacimiento de la nueva Facultad fue objeto de controversias en términos de su misión y en el terreno de sus incumbencias específicas. La preponderancia algo excesiva de los estudios clásicos y la deficiente organización de los cursos hicieron fracasar la iniciativa. Su derrotero intermitente y episódico concluyó con el proceso de

La crisis de 1890, expresiva de esa sociedad de “mercachifles y agiotistas” de la que hablara Joaquín V. González (y que retratará impiadosamente Eugenio Cambaceres), puso de manifiesto los peligros de una dirigencia política demasiado obnubilada por el resplandor del rápido enriquecimiento. En 1888 el Consejo Superior de la UBA había aprobado un proyecto de creación de la Facultad de Filosofía y Letras, pero la crisis económica postergó la iniciativa. En febrero de 1896 se concreta, animada por las mismas preocupaciones anteriores: “a fin que el desenvolvimiento del país sea completo y armónico”⁷. Sin embargo, para defender este espacio académico considerado por muchos miembros de la elite “un lujo aristocrático, o una vanidad a la vez exótica y anacrónica, sin fundamento en las necesidades de la sociedad argentina”⁸ fue menester recurrir a los más altos padrinzos, que a su vez apelaron a sus sólidas relaciones tanto en el interior de la Universidad (el caso de Norberto Piñero es claro al respecto), cuanto en el espacio político de la *Pax roquista*. Cabe recordar que, además, su creación fue “compensada” con la promesa de creación de una Facultad de Ciencias Agropecuarias, más afín a las sensibilidades primario-exportadoras.

Los académicos honorarios nombrados (Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Carlos Guido y Spano), abrazaban con su espesor simbólico y su linaje en la guerra, las letras y la política, a la nueva Facultad. En los mismos títulos que los presenta el documento fundacional se advierte esa conjunción: Mitre es “Teniente General”, López es “Doctor” y Guido y Spano es “Don”. Otro tanto los académicos titulares (casi todos con un título de “Doctor” en Jurisprudencia): Carlos Pellegrini, Manuel Quintana, Indalecio Gómez, Bernardo de Irigoyen, Estanislao Zeballos, Joaquín V. González, por citar algunos, de trayectorias entonces reconocidas como escritores, periodistas, redactores de leyes

nacionalización de la UBA: el decreto del 7 de febrero de 1881 separó los estudios preparatorios de la órbita de la Facultad y la ley de presupuesto de 1883 suprimió las partidas correspondientes.

⁷“Decreto de creación de la Facultad de Filosofía y Letras”. *Memoria del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública*. Tomo II. Buenos Aires: Taller de la Penitenciaría Nacional, 1897: 40-44.

⁸ Rojas, Ricardo. “La Universidad y la cultura argentina”. *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos del Decanato (1921-1924)*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1924, 310.

fundamentales, oradores en las cámaras legislativas, incluso presidentes de la República.⁹ Este elenco inicial mostraba un arco político que iba desde católicos a liberales, de tradiciones federales y unitarias, del interior y de Buenos Aires: muchos de ellos habían establecido alianzas precarias o enfrentamientos decididos en el campo de batalla o en el de las ideas. Por ejemplo, Guido y Spano había sido encarcelado por orden del General Mitre por su oposición pública a la Guerra contra el Paraguay. Mitre y López personificaron una de las polémicas fundantes del siglo XIX sobre las formas y contenidos de la escritura de la historia argentina. Académicos honorarios o titulares, un perímetro los unía más allá de la Resolución burocrático-política que fundaba la FFyL: eran hombres del restringido círculo oligárquico, que se consideraban a sí mismos hacedores del Estado y de la Nación, portadores de un fáustico proyecto modernizador y centralizador.

La nueva Facultad nace en un clima de época impregnado de un pragmático positivismo avalado por un paradigma científico-biologista que apenas si tenía detractores. La defensa de las humanidades es una operación que Julio Ramos denomina “dispositivo pedagógico”, en el que el campo de la cultura y el del orden tienden a enhebrarse casi tautológicamente.¹⁰ Así, la idea de crisis aparece como un objeto creado para legitimar el campo intelectual y el campo de la cultura (un territorio que es a la vez moral y estético) como contrapeso frente a una modernidad que se advierte centrífuga e imprevisible. La división del trabajo intelectual es una de las formas que asume la modernización finisecular avalada por ese carácter normativo y disciplinario. “Se anuncia así, mediante una retórica ya cristalizada, la defensa de lo estético en la educación que constituirá el arielismo novecentista”¹¹.

⁹Completaban la lista de Académicos Titulares: Valentín Balbín, Francisco García Manuel Mantilla, Enrique García Merou, Ernesto Weigel Muñoz, Rafael Obligado. Decreto, *op. cit.* 43.

¹⁰Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México DF: FCE, 1989, 216-217.

¹¹Ramos, *op.cit.* 59.

Filosofía y Letras fue consolidándose modestamente como institución a partir de la inauguración de las distintas cátedras. En un número del año 1904 de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (RUBA), cuatro profesores de la casa resumen el objeto y las formas de enseñanza de sus asignaturas.¹² Entre otros datos reveladores, cabe destacar una doble preocupación gnoseológica: por un lado la cultura “universal”, clásica y, por otro, la necesidad de dar respuestas al conocimiento de un país que consolidaba sus fronteras, reconocía su territorio y ponderaba su población: “la República Argentina, en efecto, se encuentra actualmente en un período aun relativamente primitivo, en un estado de *inventario nacional* de su territorio y de sus recursos. La Argentina es un organismo joven (...) pero que recién incorporado en el concierto universal, necesita ante todo, tomar conocimiento de sí mismo”¹³. Así, el Dr. Lafone Quevedo planteaba, por ejemplo, la necesidad de estimular los estudios de “los aborígenes del suelo patrio”, admitiendo el escaso, fragmentario e improvisado conocimiento existente.

¿Qué alumnos, cuántos y por qué se inscribieron en la Facultad de Filosofía y Letras? Sabemos que veintinueve alumnos se matricularon en sus cursos: veinticinco varones y cuatro mujeres. De estos, veinte tenían el título de Profesor Normal, dos el de abogado, dos el de Bachiller en Letras, de Facultades extranjeras y cinco graduados en Colegios Nacionales. Muchas Facultades de Filosofía se habían inaugurado en los grandes centros europeos con menor número de alumnos, escribía el Ministro de Educación en su Memoria anual.¹⁴ Sin embargo, para afianzar una matrícula exigua en los años posteriores, a partir del

¹²Lafone Quevedo, Samuel, Berra Francisco, Piñero, Norberto, Delachau, Enrique. “Índole y métodos de enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires, RUBA*, IX (nov. 1904): 383-397

¹³Delachaux, Enrique. “Conclusiones de; Profesor de Geografía Física”. *Idem*, 396. Las itálicas son nuestras.

¹⁴Memoria del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública Dr. Antonio Bermejo. Buenos Aires: Taller de la Penitenciaría Nacional, 1896, XLVI.

año 1900 el Consejo Superior decidió eximir a los alumnos de la FFyL del pago de derechos de matrícula y examen.¹⁵

Es sintomática la descripción un tanto lacónica del alumnado por parte del Dr. Francisco Berra que señala que los alumnos carecen de los conocimientos que son indispensables y agrega que casi todos los alumnos, tienen un empleo o ejercen alguna profesión, que les absorbe la mayor parte del día “si hay quien no desempeñe cargo público o ejerza profesión, sigue los cursos de otra Facultad”¹⁶. Confirma lo anterior, el recuerdo de un protagonista de la época:

La Facultad la constituíamos un grupo de ocho, diez, doce muchachos, no recuerdo, del primer año. Algunos, como Juan Luis Ferrarotti, Emilio Ravignani, Alfredo Bianchi, Marcos Manuel Blanco eran viejos frequentadores de la Facultad; otros éramos novicios: De Diego, Salvador Debenedetti, Augusto Rivas, Francisco D’Andrea (...). Como las clases de la Facultad no alcanzaban a vencer nuestra rabiosa sed de ciencia, íbamos también de vez en cuando a las de Derecho, y aun no satisfechos (...) tomamos la costumbre en 1905 de acudir en masa a las conferencias que daba Eduardo Holmberg en la Facultad de Ingeniería.¹⁷

Los estudios de Filosofía en muchos casos eran un complemento de otras carreras, sobre todo Derecho, que inicialmente tuvo un cruce de incumbencias con la nueva Facultad. Ponían de manifiesto, además, una tensión entre los objetivos de creación de conocimiento e investigación desarraigada del trabajo y el mercado y la formación para la docencia en el nivel medio (una tensión de larga duración entre las incumbencias de sus graduados). No contribuía a saldar esa tensión la renuencia del Ministerio de Educación para habilitar los títulos de la FFyL para dictado de clases en la enseñanza media y los consecuentes conflictos de intereses con el Instituto Nacional del Profesorado.¹⁸

¹⁵Buchbinder, Pablo. *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: EUDEBA, 1997, 35.

¹⁶“Conclusiones del Prof. de Ciencias de la Educación, Dr. Francisco Berra”. *RUBA*, IX (nov. 1904), 389.

¹⁷Giusti, Roberto. “De gestis virorum illustrium Facultatis”. *Verbum. Órgano del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras*, 22 (sept. 1913), 41-42.

¹⁸Al respecto véase Buchbinder, *op. cit.* 31 y ss.

Los alumnos no tardaron en organizar su Centro de Estudiantes. A modo de ejemplo, la Comisión Directiva del Centro de Estudiantes de FFyL contaba -en 1906- como vocales a Horacio Rivarola y Roberto Giusti, como tesorero a Emilio Ravignani, como vicepresidente primero a Salvador Debenedetti y segundo a una mujer: Celestina F. de Frutos. Una característica de la FFyL fue la temprana presencia de mujeres como estudiantes. Roberto Giusti afirmaba entonces: “había señoritas y señoras en la Facultad también entonces, no se piense lo contrario. Pocas sí, pero abundantes. No eran las imberbes [sic] doncellitas que hoy frecuentan sus aulas; distinguidas matronas (...) eran los sólidos pedestales sobre los que se cimentaba el prestigio de esta casa”¹⁹. Ricardo Rojas también destacó “la presencia de mujeres, que señalaba una nueva inquietud del feminismo argentino”²⁰. Entre los Consejeros de la Facultad de Filosofía y Letras en el período 1921-22 se encuentra Alicia Moreau de Justo. Menos permeable era la Facultad (en rigor, la Universidad) para autorizar a las mujeres en el ejercicio de la docencia. En 1903 se registra el dictado de un curso libre de Psicología Experimental a cargo de la Doctora Bárbara Mauthe de Ymaz, graduada el año anterior.²¹ Menos recepción tuvo la solicitud de Raquel Camaña para acceder a un cargo de profesora suplente de ciencias de la educación que acompañó con la monografía “La educación sexual de nuestros hijos”. El Consejo Directivo de la FFyL desestimó *sine die* el asunto.²² Camaña apeló la decisión con una carta al Consejo Superior que tampoco hizo lugar a su reclamo. Lo interesante es que la carta (“El prejuicio sexual y el profesorado en la Facultad de Filosofía y Letras”) fue publicada en la prestigiosa *Revista de Derecho, Historia y Letras* (20/10/1910) como adelanto de su incorporación como colaboradora: “una mujer que hemos buscado hace años para dar a nuestras páginas la flexibilidad de las ideas y la

¹⁹Giusti, *op. cit.* 47.

²⁰Facultad de Filosofía y Letras. *Documentos*, 310

²¹Lorenzo, María Fernanda. *Que sepa coser, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a la Universidad. Las académicas en la Universidad de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XX*, Buenos Aires: EUDEBA, 2016, 73.

²²*Idem.* 74.

gracia del pensamiento femenino. Es una erudita, ha viajado, ocupado las altas cátedras aquí y en Europa, y tiene derecho a ser presentada con dos palabras: “Una Mujer y un Talento”. Juzgadla. (La Dirección)”²³.

Estos relatos se refieren a un período convulsivo en la UBA: entre 1905 y 1906 se produjeron una serie de reclamos estudiantiles (apoyados un tanto solapadamente por una parte de los profesores). La demanda principal era la sustitución de las academias vitalicias por consejos electivos con participación de los profesores en el gobierno universitario. La protesta estudiantil es escuchada y un decreto del Poder Ejecutivo de Agosto de 1906 pone en vigencia un nuevo Estatuto. Fueron épocas de polémica sobre temas aun no completamente saldados en la relación Universidad-Estado como por ejemplo, los alcances del principio de autonomía académica y financiera, la acreditación de los títulos o la modificación de la ubicua Ley Avellaneda.

Un estado de inventario nacional. Definición de campos disciplinarios

Retomamos la idea de inventario que se enunciara anteriormente porque a nuestro juicio expresa la tarea a la que se abocaron los primeros institutos y secciones de investigación. Inventario en todos los sentidos, desde el más elemental, el de los recursos materiales (bibliotecas, acervos documentales, lugar de funcionamiento) hasta la formación de “especialistas” para cubrir las diferentes áreas.

Vayan unos pocos ejemplos: tempranamente se creó la Sección de Historia (1905), bajo la dirección del padre Antonio Larrouy. La preocupación de la Sección -que luego fue el Instituto de Investigaciones Históricas- “fue la publicación de documentos dentro de las más severas normas críticas y la elaboración de monografías de base documental en la que el texto se ciñera

²³Camaña, Raquel. “El prejuicio sexual y el profesorado en la Facultad de Filosofía y Letras”. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, XXV (1910): 575-596.

fielmente a datos comprobables”²⁴. Este comentario de José Luis Romero muestra la preocupación por dotar de prácticas heurísticas y metodológicas disciplinarias al conocimiento en las diferentes ramas del saber, lo que implicaba -salvo honrosas excepciones- revisar las precedencias. Conocimientos puestos respetuosamente en tela de juicio por pre-científicos, por ser producto de “virtuosos autodidactas” o por las bases falsas o endeble sobre las que estaba cimentado. Rodolfo Rivarola no dudaba en afirmar que “la historia nacional corría autorizada por la labor abnegada de hombres eminentes que no dispusieron de materiales bastantes para escribirla. Hace años que la Facultad de Filosofía y Letras vio la necesidad de comprobar y en su caso rectificar la historia en parte real, en parte imaginada, de los orígenes argentinos”²⁵. No sorprende, entonces, que el docente de Geografía proponga como método de enseñanza “tender a la supresión de los textos, mapas y atlas ya hechos”, aun cuando reconozca la necesidad didáctica de trabajar con ellos. La explicación es simple: la urgencia de la realización de “una buena obra de Geografía argentina, una obra seria, extensa, fundamental, [ya que] las obras de conjunto con que se cuenta hoy para el estudio de la Geografía argentina, son en general muy defectuosas, atrasadas en un medio siglo con relación a los conocimientos actuales”²⁶.

La Sección de Historia cobraba fisonomía a través de un primer trabajo de recolección documental que fue ampliando su acervo. Para el Centenario se comienzan a publicar las primeras series documentales.²⁷ Acompañan a esa

²⁴Romero, José Luis. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1983, 124.

²⁵Rivarola, Rodolfo; “La actualidad política y los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras”. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, III (mayo 1917): 338.

²⁶Delachaux, Enrique. *Op.cit.* 396-7.

²⁷Hacia el Centenario se editan las primeras series documentales, fundacionales colecciones lograron continuidad en el período En 1909 se diseña la publicación de la serie *Documentos relativos a la Organización Constitucional de la República Argentina*, en 1912 se publicó la serie *Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata y Documentos relativos a los antecedentes de la Independencia Argentina*. “Entre 1910 y 1920 se editaron 26 obras, entre 1921 y 1930 el número se elevó a 62 publicaciones; ellas incluyendo series, *Biblioteca de libros raros americanos*, *Colección de viajeros y memorias geográficas*, y un creciente número de informes, estudios y monografías. Por otra parte, a ellos se suma la publicación periódica, el *Boletín del Instituto*, el que aparece regularmente

heurística las primeras obras ceñidas al nuevo paradigma historiográfico: el arraigo y crítica documental, la observación imparcial y la neutralidad valorativa, la interpretación objetiva, las reglas narrativas que escindían la Historia de la Literatura. Por ejemplo, el *Manual de historia de la civilización argentina* (Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari, 1917) pionero de lo que posteriormente se llamó Nueva Escuela Histórica (Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Emilio Ravignani y Luis María Torres).

Otro ejemplo del “estado de inventario nacional” es la creación del Museo Etnográfico por iniciativa de Indalecio Gómez “quien donó la colección inicial y en cuya finca Pampa Grande, en Salta, se realizó -en 1905- la primera expedición arqueológica del museo”²⁸. Fue organizado por Juan B. Ambrosetti con la doble misión de investigación y exploración sistemática del pasado más lejano de la nación. Hacia 1908 comenzaron los relevamientos en la Quebrada de Humahuaca iniciándose con ellas las expediciones arqueológicas con “criterio científico”, e “independiente por completo de la historia natural.”²⁹ Un decidido impulso tuvo el Museo en los años veinte, momento en el cual el Consejo Superior aprueba los fondos para el alquiler de la casa de Reconquista 694 -lindante al edificio de la calle Viamonte- para trasladar los institutos de investigación- que se destinan, en el caso del Museo, al laboratorio de antropología y al depósito de etnografía.

En 1917 fue creado el Instituto de Investigaciones Geográficas, por iniciativa del Dr. Félix Outes. En la *Memoria* que su director elevó al decanato (1924) destacaba la recolección de datos de la geografía nacional (21.318 fichas descriptivas), los trabajos de formación de la *Regesta* cartográfica de la República y el tomo I de sus Publicaciones.³⁰ Como en el resto de los institutos, las

desde 1922 hasta 1945. Pagano, Nora y Galante, Miguel. “La Nueva Escuela Histórica: Una aproximación institucional del Centenario a la década de 1940”. *La historiografía argentina en el siglo XX*. Comp. Fernando Devoto. Buenos Aires: CEAL, 1993: 45-78.

²⁸Pérez Gollán, José. “Mr. Ward en Buenos Aires: los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX”. *Ciencia Hoy*, 28 (1995): 57.

²⁹*Idem*. 57.

³⁰Instituto de Investigaciones Geográficas. *Informe presentado al decanato por el director Don Félix Outes* en: Rojas, Ricardo. *Op.cit.* 190.

donaciones (en el contexto de la estrechez presupuestaria que todos los directores apuntan) fueron importantes para conformar la primera masa de información y documentación.

Si el tiempo y el espacio de la nación definían su objeto en las cátedras, secciones e Institutos de la FFyL, la cronometría de las conductas individuales también formaron parte de la relación “saber-orden”. A partir de 1901 los estudios de Psicología estuvieron a cargo de Horacio Piñero que dictó el primer curso de Psicología Experimental y Clínica. En este caso, la definición de la disciplina como ciencia aún se resolvía en cuentas pendientes con el saber escolástico, proceso secularizador que casi necesariamente interpelaba a la biología: “la enseñanza de la Psicología, que ha cambiado hoy su traje aprismático de especulación escolástica debe comenzar como ciencias naturales”, afirmaba Piñero.³¹ En los años siguientes se creó un Laboratorio de Psicología. El laboratorio -varias veces fotografiado en la época- fungía como estandarte de modernidad. La misma palabra “laboratorio” revestía inequívocamente de carácter científico la cuestionada Facultad. La reputación del “taquitoscopio mecánico de Wundt”, por ejemplo, convertía a la disciplina en una ciencia experimental y dotaba de precisión medible la observación de percepciones psicológicas, homologada metodológicamente a las ciencias naturales. Cabe resaltar la indeterminación disciplinaria entre los estudios filosóficos, médico-biológicos y psicológicos. Basta recordar las trayectorias de José Ingenieros (quien ocupó la cátedra de Psicología Experimental en 1904) y su deslizamiento al campo filosófico idealista que lo convertiría en una referencia del movimiento reformista. Coriolano Alberini criticaba no sin humor e ironía, su paso por las aulas de la Facultad durante la visita de Ortega y Gasset:

Lo más atrayente de las aulas eran las vivisecciones melodramáticas del laboratorio de psicología experimental, donde dominaban las proezas psi5cométricas y se hería de muerte al espíritu metafísico mediante

³¹Piñero, Horacio. Op.cit. 392.

raudas matanzas de inocentes conejos, batracios y caninos minúsculos. Poco creíamos en la trascendencia filosófica de estas hazañas. En cambio, se nos refinaba el sentido ético, pues salíamos del laboratorio llenos de estremecida piedad. En otra aula, José Ingenieros, ubérrimo publicista (...) se divertía a costa del público disertando sobre la fenomenología del “flechazo” y otros temas de erótica comparada. Manufacturaba, además, excelentes compendios de psicología haeckeliana.³²

Mientras en su laboratorio el Dr. Piñero ostentaba el retrato de Haeckel, Rodolfo Rivarola “iniciaba la sustitución del positivismo por el camino de la ética kantiana” (en traducción del krausista español Perojo). Un Kant recuperado desde heterodoxos lugares epistemológicos como “figura conceptual”, en los términos de Jorge Dotti.³³ En el momento de la creación de la FFyL existía solo una cátedra de Filosofía. De la mano de médicos o abogados, los estudios filosóficos (considerados en una definición muy laxa) discurrían por el sendero de las lecturas de Spencer, Comte y Stuart Mill. Un parteaguas fue la visita magistral de Ortega y Gasset en 1916, que dictó en las aulas de FFyL un seminario sobre Kant. En esos cursos se escuchaban autores y planteos de Cohen, Cassirer, Husserl, Simmel, Meinong, Brentano, Windelband, Rickert, Driesch, Scheler.³⁴ La prédica de Ortega acercaba a la filosofía contemporánea, tarea de actualización que se complementaba con la difusión y circulación de los filósofos alemanes a través de la *Biblioteca de ideas del Siglo XX* y la *Revista de Occidente*.³⁵ En un camino no lineal convergen la renovación de la enseñanza, el estudio y la circulación del conocimiento filosófico, por un lado y una lenta diversificación, racionalización y profundización del peso institucional de los estudios filosóficos en la FFyL.³⁶ Sin

³²Alberini, Coriolano. “Palabras de presentación a José Ortega y Gasset en la Facultad de Filosofía y Letras.” *Síntesis. Artes, Ciencias y Letras*, 19 (diciembre de 1928): 13.

³³Korn, Alejandro. *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1983, 280.

³⁴Alberini, Coriolano. “La filosofía alemana en Argentina”. *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1966, 61. El original es de 1930.

³⁵Korn, *op. cit.* 280.

³⁶ Por ejemplo, en 1919 se abría la cátedra de Introducción a la Filosofía, ocupada desde su fundación por Alberini. En 1920 se separaba la cátedra de Ética de la de Metafísica. El plan de 1927 creó la Cátedra de Filosofía Contemporánea y la de Historia de la Epistemología de la Ciencia. En 1930 se creó

embargo, no ocuyen lo que será una constante histórica de los intelectuales argentinos: el “autodidactismo” y el recurrente ejercicio intelectual, social, incluso afectivo de la reunión en paralelo, en espacios quizá más íntimos, lábiles y creativos que matizan o contrapesan la contención universitaria: la revista, la tertulia, los cenáculos, las “sociedades de...”. En el caso que nos ocupa, las creaciones del *Colegio Novecentista* o de la *Sociedad Kantiana de Buenos Aires* parecen ocupar, para Francisco Romero, ese lugar:

Los jóvenes estudiosos, las nuevas vocaciones, alimentadas con lecturas de los nuevos filósofos (Husserl, Heidegger, Hartmann), con lecturas en el original y manejo de las revistas especializadas, se encontraron y estimularon mutuamente, y Alejandro Korn pudo contar con un círculo de amigos coincidentes con él en vocación y preocupaciones, y con tribuna y auditorios más adecuados a su vena filosófica que los de la Facultad, cuyo alumnado no toleraba por esa época una enseñanza filosófica muy intensa.³⁷

Esos círculos informales definían vocaciones filosóficamente más diáfanas en sociabilidades extrauniversitarias acompañadas de una inserción institucional que dotaba de legitimidad y movilidad académica (aunque no necesariamente consagración) e impactó directamente en la inclusión y difusión de esos saberes en la delimitación disciplinaria, declinando el diletantismo y las vocaciones imprecisas.

La Reforma Universitaria y la Facultad de Filosofía y Letras: *¿Una casa de tradición y patriotismo?*

La sanción de la Ley Saénz Peña habilitó la conformación de un sistema de partidos alternativos al orden oligárquico. Muy sucintamente: en las elecciones nacionales de 1916, ensayo de una ciudadanía política ampliada, ganó la fórmula

el Instituto de Filosofía.

³⁷Romero, Francisco. *La filosofía en América*. Buenos Aires; Editorial Raigal, 1952, 51.

Hipólito Yrigoyen-Pelagio Luna de la Unión Cívica Radical –para sorpresa de los sectores tradicionales (aun en su ala reformista-modernista)-, fuerza política que hasta no hacía demasiado tiempo había optado por la revolución y el abstencionismo para oponerse al régimen oligárquico. La “chusma” había ganado las elecciones.

De las instituciones de la sociedad tradicional, la Universidad parecía un lugar confiable. Cumplía con la formación de los cuadros dirigentes, profesionales e intelectuales que demandaba una economía expansiva. Sin embargo, fue caja de resonancia y motor generador de cuestionamientos hacia el orden que le dio origen y legitimidad.

En paralelo, la Gran Guerra matizaba todas las mayúsculas decimonónicas: “Razón”, “Civilización”, “Progreso”, “Ciencia”, “Positivismo”. “Las resonancias del corazón (no de la razón) nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”, decía el *Manifiesto* de la Juventud Argentina de Córdoba a los Hombres libres de Sud América. Se consideraban una “nueva generación” provista de una “nueva sensibilidad” regida por patrones políticos, sociales, éticos y estéticos parricidas respecto de las generaciones precedentes.³⁸

La evolución indefinida, el progreso, la civilización y sobre todo el genérico sujeto liberal entraban en crisis. Corrientes espiritualistas, antipositivistas, arielistas, vitalistas, spenglereanas, relativistas, decadentistas y organicistas, abrían un abanico de debates que redefinieron los perímetros y volúmenes de lo nacional, los adjetivos de la democracia y las formas de representación. Si los “bárbaros” europeos se habían suicidado en una guerra, como proclamaba no sin desconsuelo José Ingenieros, el carácter de “civilización” podía ser revisado, incluso invertido

³⁸Sobre el repertorio de ideas, las marcas juvenilistas y el latinoamericanismo del *Manifiesto*, véase Funes, Patricia y Caldelari María. *Textos para el pregón, el afiche y el muro. Algunas reflexiones preliminares acerca del Manifiesto Liminar*. Buenos Aires: EUDEBA, 2001.

La Revolución Rusa conmovía viejas certidumbres potenciando las intuiciones acerca del pensamiento, la ideología y las construcciones especulativas para transformar las sociedades. La Revolución Mexicana (previa en el tiempo pero de ponderación tardía) mostraba la factibilidad histórico concreta (y con un estilo originalmente latinoamericano) de quebrar el orden oligárquico a partir del concurso de un movimiento de masas en ámbitos no clásicamente “europeos”. Uno y otro caso mostraba la vitalidad de determinados procesos sociales frente a “la decadencia de Occidente” (frase una y mil veces repetida por todo el movimiento reformista en América Latina a partir de apropiaciones diversas del pesimista texto de Spengler).

El movimiento de la Reforma Universitaria respira esa atmosfera intelectual y la reelabora trascendiendo las propuestas más específicamente universitarias -libertad y periodicidad de cátedra, participación estudiantil en el gobierno universitario, impulso a la investigación científica y renovación de los métodos de enseñanza- acompañaban la refundación del lazo entre la universidad, la política y la sociedad. “A partir de entonces no hay ya aspecto de la actividad universitaria que no encierre en potencia una controversia cuya vocación será desbordar el ámbito universitario para expandirse a la sociedad entera, y ese recíproco desbordamiento se constituye en el dato básico de una situación que sólo se modificará en el futuro para tornarse más aguda”³⁹.

En la UBA el movimiento de la Reforma no tuvo la misma beligerancia que en Córdoba, probablemente porque allí era la “universidad monárquica y monástica” su interlocutora-opositora. Los sucesos cordobeses encontraron en la UBA al mismo Efemio Uballes en el rectorado (1906-1922) y a una conducción aparentemente permeable a los cambios. En Agosto de 1918 (un mes antes de la toma de septiembre de la universidad cordobesa y de la intervención del Ministro José Salinas) se reformaron los estatutos de la UBA. El Estatuto de 1918 contenía

³⁹Halperin Donghi, Tulio; “Estilos nacionales de institucionalización de la cultura e impacto de la represión: Argentina y Chile”. Comp. Saúl Sosnowsky. *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. Buenos Aires: EUDEBA, 1988: 27-48, 30.

la síntesis de los reclamos más importantes de los sectores reformistas universitarios. El gobierno universitario se modificaba incorporando la representación estudiantil: sus miembros eran elegidos en tres actos eleccionarios separados por tres asambleas: ocho por los profesores titulares y suplentes y cuatro por los estudiantes. Además del cogobierno, el Estatuto hacía lugar a la demanda de asistencia libre y reglamentaba las cátedras libres. Sin embargo, poco iba a durar la letra escrita después de la elección “plebiscitaria” de Yrigoyen de 1928.

El primer decano reformista de la Facultad de Filosofía y Letras fue Alejandro Korn. Hay que señalar que la temprana presencia de un decano inequívocamente reformista es una excepción en el paisaje renuente del resto de las Facultades (el caso más notorio es la de Derecho en la que la intervención del rector Ricardo Rojas en 1928 y la elección de Alfredo Palacios como decano no lograron neutralizar las ideas y prácticas claramente antirreformistas, sobre todo entre los profesores).

En 1924 Ricardo Rojas (otro decano y posteriormente rector reformista) instaba a ser de la FFyL “una casa de tradición y patriotismo”: “estudiamos aquí las creaciones del espíritu humano, desde el rudimento arqueológico hasta las formas superiores de la filosofía y del arte; pero deseamos que nuestra Facultad sea, en la atmósfera universal de la ciencia y del humanismo clásico, un hogar de patria y del humanismo americano”⁴⁰. La Reforma del Plan de estudios de 1918 ajustaba y mejoraba la calidad de enseñanza, agregaba un año más a los planes de estudio, sistematizaba las prácticas pedagógicas con la organización de la Sección Didáctica y hacía más estricto el examen de tesis. Con respecto a la extensión universitaria, una de las banderas reformistas más fuertes del período, el decano Rojas quizá exagerando un poco su entusiasmo, señalaba que “en algunas cátedras la afluencia de auditorio desborda la capacidad de los locales. No es raro

⁴⁰“Discurso del Dr. Ricardo Rojas en la inauguración de los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras”. *RUBA* (Sección III. Tomo I. 1924): 149.

ver algunas tardes, sentados a la par un diplomático y un obrero, una joven estudiante y una dama de mundo”⁴¹. Se incorporaron por concurso nuevos profesores, más jóvenes, formados en las aulas de la FFyL. Caben los ejemplos de Ravignani y Debenedetti, que ya hemos reseñado como integrantes del centro de estudiantes en 1905 y que en los años veinte son directores de dos de los cinco Institutos de Investigación. Además de jóvenes portan apellidos inmigrantes (Giusti, Bianchi, Debenedetti, Ravignani, Alberini) más plebeyos, que quebraban los linajes patricios del origen.

Esa “casa de tradición y patriotismo” de la que hablaba Rojas, adquiere su materialidad en la creación y fundamentación en dos Institutos: en 1923 se creaban el Instituto de Filología y el de Literatura Argentina.⁴² El primero, organizado por Américo Castro y dirigido desde 1924 por Agustín Millares Carlo, fue producto de las fluidas relaciones de Ricardo Rojas con la escuela filológica española de Ramón Menéndez Pidal. Rojas fundamentaba las preocupaciones acerca del idioma como disciplina científica y como “representación” de la nacionalidad. Sostenía que el contacto del país con América Latina y las cuatro grandes lenguas precolombinas, los problemas de “cosmopolitismo” que afectaban al castellano rioplatense y el carácter científico de la filología, hacían imprescindible la creación de una cátedra en la Universidad. En el discurso inaugural del Instituto de Filología afirmaba:

⁴¹*Idem.* 151.

⁴²En la década de 1920 FFyL contaba con los siguientes Institutos, secciones y directores: Biblioteca: Rómulo Carbia. Instituto de Investigaciones Históricas: Emilio Ravignani. Instituto de Investigaciones Geográficas: Félix Outes. Instituto de Filología: Agustín Millares Carlo. Instituto de Literatura Argentina: Ricardo Rojas. Museo Etnográfico: Salvador Debenedetti. Laboratorio de Psicología: Enrique Mouchet. Gabinete de Biología: Christofredo Jakob. Gabinete de Historia del Arte: Jorge Cabral. Gabinete de Historia de la Civilización: Clemente Ricci. En 1927 se creó el Instituto de Sociología: Ricardo Levene. Universidad de Buenos Aires. *Digesto de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Imprenta de la UBA, 1928: 100-105. En 1930 se creó el Instituto de Filosofía. Cabe agregar que en 1925 se creó la sección Didáctica y, también y una Escuela de Archivistas, bibliotecarios y técnicos para el servicio de museos.

La filología argentina está por crearse. Quiero decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna (...) es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones.⁴³

Como señala Hobsbawm, la filología fue la primera de las ciencias que consideró la evolución como su primera esencia.⁴⁴ El relativo silencio de la Biblia y el *corpus* religioso acerca de los orígenes de las lenguas facilitaban esa posibilidad. Por añadidura el saber del filólogo era un aporte secularizado fundamental en la construcción de los Estados modernos. El siglo XIX fue una edad de oro para lexicógrafos, gramáticos, filólogos y literatos de las lenguas vernáculas. “Las actividades vigorosas de estos intelectuales profesionales fueron el fundamento para determinar los nacionalismos europeos del siglo XIX”⁴⁵. En la década de 1920 el concurso de los cada vez más normatizados e institucionalizados estudios lingüísticos y literarios responde a las nuevas inquietudes por dotar a la nación de respaldos y fundamentos “originales” a la vez que ecuménicos.

Los mismos presupuestos orientaron la creación del Instituto de Literatura Argentina. Éste era una prolongación de la obra del propio decano, desde la cátedra de Literatura Argentina (1913). Como también partía de la insuficiencia y a su juicio magra bibliografía, Rojas se abocó a la escritura de una *Historia de la Literatura Argentina*, que lleva como subtítulo *Ensayo Filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*.⁴⁶ La *Historia...* (1917-1922) legitima en el ámbito intelectual la producción literaria vernácula. La línea divisoria entre la crítica

⁴³Rojas, Ricardo, “Discurso del decano al inaugurar el Instituto de Filología”. *Documentos*, 90-92.

⁴⁴Hobsbawm, Eric. *La era de la revolución. 1789-1848*. Barcelona: Labor, 1991, 263.

⁴⁵Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México DF: FCE, 1993,107.

⁴⁶La obra de Rojas salió editada por primera vez con el nombre de *Literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*; La Facultad, Buenos Aires, 1917-1922. La primera edición salió publicada en cuatro tomos: “Los gauchescos” (1917); “Los coloniales” (1918); “Los proscritos” (1919) y “Los modernos” (1922). En este trabajo se cita la cuarta edición, en 9 tomos, Buenos Aires: Ed. Guillermo Kraft, 1957.

literaria, la sociología, la historia, la literatura y la política se vuelve borrosa aunque se asista a un embrionario proceso de diferenciación. Se rompe, en primer lugar, con una consideración exclusivamente “estética” del hecho literario y con la concepción de las *belles-lettres* que la sustentaba. Esa dualidad se advierte en el prólogo de la *Historia...*: inicialmente la cátedra de literatura nacional carecía de “tradición y bibliografía”. El problema que enfrentaba Rojas no solo era el páramo precedente sino también las emblemáticas “autoridades” (el ubicuo e insoslayable Bartolomé Mitre, por ejemplo) que habían negado de plano -no sin razones- la existencia de una literatura nacional:

Para llegar a estos nuevos conceptos y fundarlos en sólidos materiales, debí, durante varios años, remover varios archivos privados y públicos, consultar epistolarios y memorias, revisar bibliotecas enteras, rastrear el inexplorado caudal paleográfico, y rever lo impreso. Vi que teníamos materiales para una obra de esta índole, después de cuatro siglos de vida mental en nuestro territorio.⁴⁷

El inventario no era suficiente para saldar el objetivo de Rojas: “historiar las emociones, los sentimientos, las pasiones, las ideas, las sensaciones y los ideales argentinos, tomando como signo de esos estados del alma a nuestra literatura”. Eso implicaba criterios de selección que no podían ser espontáneos, no sólo por la pretensión científica que los animaba, sino porque ese inmanente espíritu nacional que Rojas buscaba no se revelaba con la mera enumeración: “era menester, con doctrina filosófica, organizarlos en un sistema de belleza, de verdad y de vida, o sea, descubrir la ley oculta del proceso histórico y la expresión de nuestra propia estética”⁴⁸. A veces los criterios estéticos se ven subordinados a esa necesidad de probar la existencia de literatura argentina, incorporaciones más animadas por una vocación más inclusiva y enumerativa que crítica, actitud señalada por sus contemporáneos, entre ellos, del otro lado

⁴⁷ Rojas Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Ensayo Filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Ed. Guillermo Kraft, 1957, 64.

⁴⁸ Rojas, Ricardo, *Historia, op. cit.*. 65.

del Río de la Plata, Alberto Zum Felde no dudaba en considerar “erróneo el criterio nacionalista de tan sesudos críticos como Rojas, el argentino, al querer dar valía ante el juicio contemporáneo a poetastros tan enfáticos como Olegario Andrade (...) Toda la poesía romántica argentina debe ser borrada del libro de la posteridad”⁴⁹.

Para el escritor tucumano-santiagueño la nación argentina se desarrolla en un *continuum* teleológico en el que está dispuesto a incorporar incluso hasta el elemento potencialmente más disruptivo de esa nacionalidad que construye conscientemente, es decir, al inmigrante, al “cosmopolita” (en sus términos). Se adelanta a sus eventuales detractores: aunque no hubiera literatura argentina el inventario era una tarea imprescindible para reconocer, incluso, cómo con tantos datos, no se lograba vislumbrar el volumen de una nación tan evidente:

Si no tenemos obra, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y trasplantes. Donde la materia no ofrezca ejemplos de enseñanza, estoy seguro que ha de ofrecernos, en sus mismas deficiencias, sugerencias de educación.⁵⁰

La obstinación de Rojas por afirmar una y otra vez la existencia de la literatura argentina podría llevar a pensar motivos menos entusiastas. Probablemente eran tan anémicos y opinables los testimonios literarios argentinos y tan perentoria la búsqueda de esa argentinidad, que forjó una tradición con materiales contundentes y robustos: el bronce y el inventario. Su “pedagogía de las estatuas” y la *Historia...*, son -a nuestro juicio- las dos concepciones más monumentales para “contener” lo que él supone un riesgoso camino hacia la “disolución” de la nación. Adelantándose a lo que podrían ser las críticas a su obra, apela a una legitimidad que muy pocos podían esgrimir: las instituciones,

⁴⁹Zum Felde, Alberto. “Noticia acerca de la poesía uruguaya contemporánea”. *Nosotros*, 192 (marzo, 1925): 6.

⁵⁰ Rojas, Ricardo, *Historia*, op. cit. 64-65.

sobre todo, la cátedra de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras, aunque no desdeña una exhaustiva enumeración de su carrera honoraria, habida cuenta que él no contaba con un título universitario.⁵¹

Nuevamente, compilación, revisión crítica y afirmación de la conciencia nacional se entrelazan en la creación del Instituto de Literatura: “Tócame, pues, la honra de iniciar en las universidades de mi país, un orden de estudios que interesa no solamente a los fines profesionales de la instrucción superior, sino también a la misión de afirmar y probar ante todo país todo, la idea de que tenemos una historia literaria”⁵². En 1923, Ricardo Rojas ganó el Premio Nacional de Literatura por su *Historia....* Era una consagración auspiciosa. Sin embargo al año siguiente aparece la revista vanguardista *Martín Fierro* disputando una colocación alternativa al saber “académico”. El muy cosmopolita Jorge Luis Borges en los años veinte escribía “mi argumento de hoy es la patria: lo que hay en ella de presente, de pasado y de venidero”⁵³. Borges, como ningún otro escritor de la década del veinte, reinventó otra versión de la historia de la literatura argentina, pero de una manera voluntariamente fragmentada,

⁵¹“No necesito advertir que he puesto al servicio de esta obra todas mis experiencias docentes y literarias, y me será permitido recordar, sin vanidad alguna, que soy catedrático de literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires (Facultad de filosofía y letras); de literatura castellana en la Universidad de La Plata (Facultad de Ciencias de la Educación); profesor o ex profesor de gramática, estética literaria, psicología e historia de la civilización en diversos institutos de enseñanza normal y especial; miembro de la Academia de la lengua, de la Junta de historia y numismática, de la Sociedad científica, de otras instituciones de cultura; consejero académico en la Universidad de La Plata; encargado de conferencias en la Universidad de Tucumán, el Ateneo de Madrid, el Museo de bellas artes de Buenos Aires, la Sociedad wagneriana (...); sin contar mis libros relacionados todos, directa o indirectamente con los temas de esta obra.” Rojas, Ricardo. *Historia, op. cit.* 65.

⁵²El plan de trabajo del Instituto comprenderá: a) la organización de la bibliografía argentina, con atención a los géneros puramente literarios; b) el estudio del folklore argentino, especializándose en lo que concierne a la literatura popular; c) la valoración bibliográfica y crítica de nuestra producción literaria e) la selección de antologías de autores nacionales para uso de los colegios y escuelas secundarias”. Instituto de Literatura Argentina, Ordenanza para su creación. *Documentos*, 110-111.

⁵³ Borges, Jorge Luis. *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires: Seix Barral, 1993. [Primera edición: 1926]. 14.

descontinúa, liviana en sus formas y densa en sus consideraciones.⁵⁴ Explícita contracara de la compilación voluminosa de Rojas:

En cuanto a gritadores como Ricardo Rojas, hechos de espuma y patriotería y de insondable nada, son un vejamen paradójico de nuestra verdadera forma de ser. El público lo siente y sin enjuiciar su obra la deja prudencialmente de lado, anticipando y con razón que tiene mucho más de grandiosa que de legible. Nadie se arriesgará a pensar que en Fernández Moreno hay más valía que en Lugones, pero toda el alma nuestra se acordará mejor de la serenidad de uno que con el arduo gongorismo del otro”⁵⁵

Borges también abordó el tema del idioma frente a dos “desviaciones”: la de la Academia (“que postula lo perfecto de nuestro idioma y la impía inutilidad de refaccionarlo”) y la de los saineteros (“que escriben un lenguaje que ninguno habla y que si a veces gusta es por su aire exagerativo y caricatural, por lo forastero que suena”):

Equidistante de sus copias, el escrito idioma argentino sigue *diciéndonos*, el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad.

Nuestras mayores palabras de poesía *arrabal* y *pampa* no son sentidas por ningún español. La palabra *egregio*, tan publicada por la *Revista de Occidente* y aun por don Américo Castro, no sabe impresionarnos. Dentro de la comunidad del idioma (es decir, dentro de lo entendible: límite que está pared por medio de lo infinito y del que podemos quejarnos honestamente) el deber de cada uno es dar con su voz.⁵⁶

Ni esa ni otras críticas (Paul Groussac demolió la obra de Rojas con ácidos comentarios) conmovió seriamente los alcances de la *Historia...* y del Instituto. Converían dos poderosos dispositivos: la institución (la Cátedra, el Instituto, el

⁵⁴Montando, Graciela, “Borges: una vanguardia criolla”. *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires: Contrapunto. 1989, 213.

⁵⁵Boges, Jorge Luis, “Queja del criollo”. *Inquisiciones*. Buenos Aires: Alianza, 1998, 147-150. [La primera edición es de 1925].

⁵⁶Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994, 135-150. La primera edición es de Gleizer, 1928.

decanato de FFyL, el rectorado de la Universidad de Buenos Aires entre 1926 y 1930) y el sistema de consagraciones (el Premio Nacional), además del alcance de las antologías literarias para el sistema de educación primaria y secundaria que espejaban el canon literario de la *Historia...*

Rojas sumaría otro dispositivo de incuestionable materialidad. Con la presencia del presidente de la República, Marcelo T. de Alvear, el ministro de Educación Antonio Sagarna y el rector de la UBA, Dr. José Arce y numerosas autoridades universitarias, en junio de 1924 fue colocada la piedra fundamental del edificio de la FFyL. El terreno, cedido por la Municipalidad de Buenos Aires, estaba ubicado en el barrio de Recoleta. El proyecto, realizado por el distinguido arquitecto Martín Noel, preveía una fachada sobre la calle Guido con reminiscencias de las universidades españolas:

[E]ste frente, con pórtico bajo, será encargado de acentuar -aun más- la fisonomía de origen hispano de la futura Facultad de Filosofía y Letras ya que, en la propia arquitectura colonial, trascendieron los gérmenes básicos y altamente elocuentes de aquellas fábricas renacentistas a través de nuestros colegios y universidades, como así lo atestigua la muy antigua Universidad de San Marcos de Lima, la de Cusco, Córdoba y Buenos Aires.⁵⁷

El edificio contaría con tres pisos: el primero destinado a las aulas, el segundo a los institutos de investigación y un solariego y contemplativo tercer piso con vista al río destinado a la biblioteca. Los discursos reflejaron el optimismo solipsista del período. El decano Rojas celebró que sobre la “metrópoli sensual” se levantara “un monumento consagrado a las más altas especulaciones de la cultura” y sería con el tiempo “algo así como la *Acrópolis de Buenos Aires*”⁵⁸. Si bien no conocemos los seguramente atrabiliarios cursos que impidieron su construcción, la voluntad oficial no parece haber sido demasiado firme ya que

⁵⁷Noel, Martín. “Memoria descriptiva del anteproyecto para el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras”. *RUBA* (Sección II. Tomo I, 1924): 58-66.

⁵⁸Discurso del decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Ricardo Rojas. *Documentos*, 159.

hizo lugar a las quejas de los vecinos de la zona, que consideraban que la Facultad era una interferencia inoportuna y poco apropiada para un barrio de esa naturaleza. Buenos Aires se quedó sin su Acrópolis y Filosofía, sin edificio.

Filosofía y Letras: entre *lo bueno, justo y bello*, la política y la nación

La institución no es tan sólo muros y estructuras exteriores que rodean, protegen, garantizan o constriñen la libertad de nuestro trabajo, sino que es también *la estructura de nuestra interpretación*.⁵⁹

Martín Noel

La creación de la Facultad de Filosofía y Letras fue el constructo institucional que respondía al diagnóstico de una parte de la elite sobre una modernización contradictoria e “inarmónica” que requería del fortalecimiento de una función ética (y, muy unida en la visión finisecular, estética). Cosmopolitismo, materialismo, pragmatismo, fueron sanciones frecuentes entre las que se cuela, además de cierta nostalgia por la aldea, una preocupación por los posibles efectos centrífugos y volátiles de la modernidad. Esta “aristocracia del saber” se recorta contra la intuición fatal de virtuales “multitudes”, amenazantes de sensibilidades “hiperestésicas”. Estas muchedumbres (que irán cobrando fisonomía conforme el siglo se despliega), mueven a la obsesiva búsqueda de la nación en los años veinte, cuestión que pone en el centro del interés el viejo conflicto por el control de la cultura y el poder. Un poder jaqueado alternativa y simultáneamente por peones y alfiles (el “maximalismo proletario” y la “plebe yrigoyenista”). Sin embargo, no habría que exagerar el protagonismo de las instituciones universitarias ni en los diagnósticos ni en el diseño de respuestas. La universidad argentina, de rígidos moldes napoleónicos, cumplía plácidamente con la dotación de profesionales que garantizaban la reproducción de una economía en expansión.

⁵⁹Derrida, *op.cit.* 45.

Un año antes de la creación de Filosofía y Letras, la Facultad de Derecho reorganizó su Plan de Estudios disolviendo las cátedras de Letras, Filosofía e Historias Generales. “A medida que se consolida el Estado, se racionaliza el discurso de la ley. Se cancelaba así el papel paradigmático del saber decir como medio de formalización y medida de valoración del discurso letrado: la ‘verdad’ de la ley era independiente de su forma de expresión. Paradójicamente, esa fractura entre letras y ley, posibilitaba la emergencia de la Facultad en 1896, a la vez que registraba una reorganización de la vida pública y de lo político como esfera separada de la literatura”⁶⁰.

Estas misiones del origen irán redefiniéndose. El proceso de democratización, la posguerra y sus dramáticas revisiones, resonaron en algunas voluntades. En 1917, Rodolfo Rivarola, escribía un enérgico artículo de carácter explícitamente programático.⁶¹ La FFyL debía ser una *Escuela de Política*. El entonces decano de la Facultad (y posterior presidente de la Universidad Nacional de la Plata), lejos de pensar en una república de filósofos, hacía un llamado a las potenciales clases dirigentes: “los cursos de la Facultad deberían atraer, más de lo que hasta ahora ocurre, la atención de los jóvenes que sienten anhelos de cooperar en esta obra constante de un pueblo, que se llama su gobierno”⁶². Rivarola señala la falta de reflexión filosófica, sociológica y humanística en dos ámbitos fundamentales de la política: el de la “formación de la opinión pública” (la prensa escrita) y en el de los partidos políticos y reclama explícitamente la formación de cuadros dirigentes en las aulas de FfyL:

La educación posterior a 1880 y sin duda la posterior a 1890 no ha respondido a lo que de ella pudo esperarse. Pero si hay médicos y cirujanos eximios, si hay abogados hábiles, si hay naturalistas sabios y si hay ingenieros de muchísima ciencia ¿Por qué decimos que no hay

⁶⁰Ramos, Julio. *Op. cit.* 62.

⁶¹Rivarola, Rodolfo. “La actualidad política y los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras. Discurso de apertura del ciclo lectivo el 29 de marzo de 1917”. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencia, Educación*, III (mayo 1917): 332-355.

⁶²*Idem.* 339.

hombres? y ¿Por qué si los hay, no los encontramos en la política con la seguridad de un pensamiento directivo? Impónese una conclusión, lo que falta es esto: cultura filosófica.⁶³

No habría que olvidar la hostilidad de Rivarola frente a los caminos que recorría el proceso democratizador, tanto en el país cuanto en la universidad, de allí su explícita oposición a la participación de los estudiantes en el gobierno universitario.⁶⁴ Otra fue la colocación de Ricardo Rojas en los años veinte, más preocupado por los símbolos y los lazos que por los votos, sumó en los tiempos entrópicos un equilibrio entre innovación y tradición, llegando al excepcional límite (en el paisaje francamente antireformista del claustro profesoral) de avalar al movimiento estudiantil en el cogobierno, aún en 1930, momento en el que se avecinaba “la hora de la espada”:

No tenemos por qué negar, que desde hace diez años la Universidad Argentina se halla en un ciclo de verdadera revolución, que no sabemos cuándo terminará. Lo que se llama “la reforma universitaria” es eso, en su sentido histórico más íntimo. Que el voto de los estudiantes da lugar a abusos, bien lo sabemos, pero también lo daba en otro tiempo el voto exclusivo de los profesores. Hoy tenemos más inquietud, más contralor, más libertad y eso da publicidad a nuestros vicios y a nuestros errores.⁶⁵

La función política, ética y estética de los orígenes de la creación de la FFyL se tensionaba con la dinámica propia de construcción disciplinaria, de continentes institucionales que marcaban el “adentro y el afuera” de aulas, gabinetes e institutos de la FFyL. El incipiente proceso de codificación disciplinaria fue marcando el perímetro de unos saberes hasta entonces sin abolengo. Acto explícitamente fundacional que definió retrospectivamente los alcances de las

⁶³ *Idem.* 346.

⁶⁴ “El mal de que estoy hablando no se cura con reformas electorales en la provisión de los cargos universitarios. Con ellas o sin ellas puede crecer si no se despierta la conciencia del deber que cada cual impone la función que le está confiada. declaro mi disconformidad con el voto electoral de los alumnos para elegir autoridades universitarias.” Rivarola, Rodolfo. “Orientaciones de la instrucción superior”. *Revista Argentina de Ciencias Políticas*. (Tomo XVIII, 1919): 28-29.

⁶⁵ “Discurso pronunciado por el Rector Ricardo Rojas en la transmisión del rectorado de la Universidad de Buenos Aires. *Discursos del rector Don Ricardo Rojas*. Buenos Aires: Imprenta de la UBA, 1930, 252.

humanidades previas bajo el imperio del “autodidactismo”, el “diletantismo” o la “doxosofía.” Esta paulatina autonomización, especificidad y diferenciación de las disciplinas supuso relevar y compendiar, elegir métodos y construir objetos, diseñar estrategias de difusión. Esta operación va construyendo lentamente (y de manera incompleta) la identidad y la autonomía del conocimiento académico, asociada a la tautológica “esencia del saber como el saber del saber” a la que se refiere Derrida. Consecuentemente, al tiempo que se establecen estos límites se legitima el imperio de la producción y reproducción de conocimiento en las modestas aulas de la calle Viamonte. Sin embargo, la mayoría de las polémicas intelectuales del período pasaron sólo tangencialmente por sus aulas y gabinetes. Tampoco era el único ámbito de socialización y menos aun de actualización o consagración intelectual, pese a los voluntaristas esfuerzos de sus iniciales propulsores. Sin embargo, esto no fue en desmedro del peso decisivo que tuvo en la delimitación y legitimación de campos disciplinarios, de movilidad académica y de sanción en la reproducción institucional de los mismos. La creación de una institución filosófica no es un asunto filosófico, pero una vez creada, con o sin edificio, atraviesa la estructura de la interpretación.

Epígono de las creaciones de los hombres del ochenta, esa “quinta rueda” planteó desde su mera existencia una crítica a la concepción dominante en la educación superior y en la cultura argentina. En el Centenario de la Reforma Universitaria sería pertinente reponer y actualizar esa pregunta que se hicieron los fundadores de Filosofía y Letras: ¿Ariel habrá vencido a Calibán?